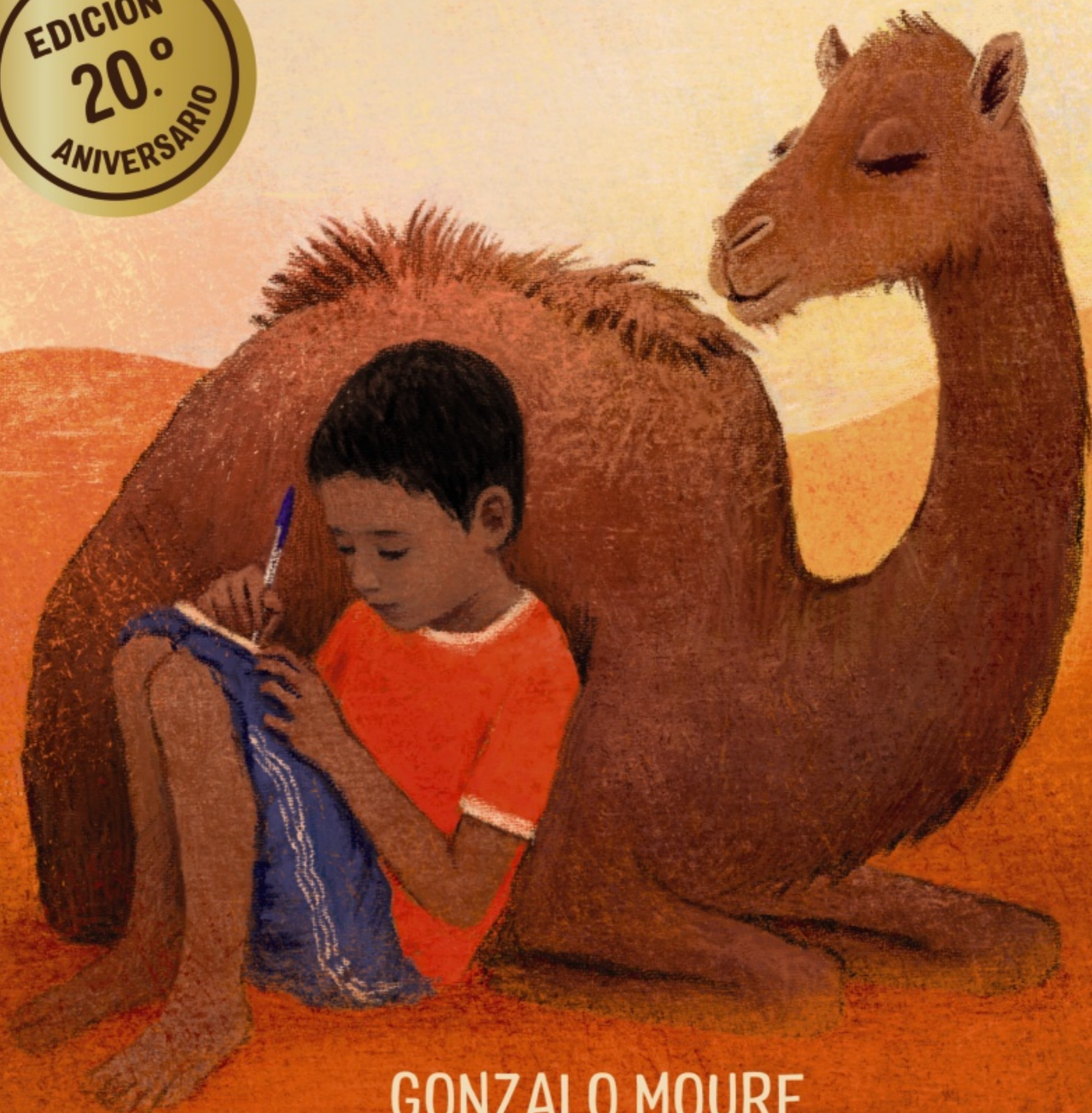


Palabras de Caramelo

EDICIÓN
20.^o
ANIVERSARIO



GONZALO MOURE
Ilustrado por MARIA GIRÓN

ANAYA

Palabras de Caramelo



GONZALO MOURE
Ilustrado por **MARIA GIRÓN**

ANAYA

1.ª edición, mayo 2022

© Del texto: Gonzalo Moure, 2002, 2022
© De las ilustraciones: María Girón, 2022
© Grupo Anaya, S. A., 2022
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com



ISBN: 978-84-698-9103-2
Depósito legal: M-7774-2022
Impreso en España - Printed in Spain

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas,
además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios,
para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren
o comunicaren públicamente, en todo o en parte,
una obra literaria, artística o científica, o su transformación,
interpretación o ejecución artística fijada en cualquier
tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*

*A Fatimetsu mint Abdessalam,
que me enseñó a hablar con las manos,
los ojos y el corazón.*

Palabras sobre *Palabras*

Una reflexión sobre esta edición

Veinte años desde su publicación, nada menos. Pero veinticuatro desde que lo escribí, en Farsía, en el campamento de Smara.

Vivía aquellas semanas en la jaima de Fatimetsu, una niña sorda a la que conocía desde tres años antes, en compañía de su familia y de mi joven guía, Limam Boisha, esperando el Land Cruiser que nos iba a llevar por los caminos del sur. Íbamos a recorrer los Territorios Liberados, la estrecha franja conquistada en la guerra a los invasores, y que atraviesa todo el Sáhara Occidental de punta a punta.

Casi todas las tardes iba con Fatimetsu a llevar la comida a las cabras, en el corral de su familia. Luego subíamos a una pequeña colina desde la que se dominaba el extenso campamento. Allí aprendí a hablar su lenguaje

con las manos, los ojos, los gestos y el corazón. Nuestras primeras palabras. Dulces, sí.

Una tarde, tras alimentar a las cabras, Fati me llevó tirando del turbante hasta el corral de sus tíos, en el que una semana antes había nacido un camellito. No son los camellos particularmente atractivos, más bien lo contrario, pero aquel pequeño era de una delicada belleza, una caricia para los ojos, en contraste con la adusta majestad de su madre. Fati y yo lo mirábamos extasiados. El *huar* empezó a mamar y, cuando acabó, miró con sus ojos aún un poco velados a su madre, y saboreó la leche, moviendo los labios. Ella, la enorme camella, lo miraba también y rumiaba. Fue entonces cuando Fati me preguntó en su fascinante lenguaje de signos y señas naturales qué se estaban diciendo. Miré sus labios y traté de entenderlo desde la mente de la pequeña sorda. Y era verdad, parecía que hablaban. Intenté explicarle a Fati que no hablaban, que comían. Pero ella se enfadó conmigo, y con sus gestos me dijo que no, que ella «sabía» que estaban hablando, que el *huar* le había dado las gracias a su madre por la leche, y, señalando mis oídos, me exigió que le dijera «qué le contestaba su madre».

Volvimos a la colina, nos sentamos en una piedra, y escribí este libro. Lo escribí en el aire, con mis torpes

gestos, para Fatimetsu, solo para ella. La historia de un niño sordo que amaba a un camellito. El relato se iba escribiendo a sí mismo. Nos reímos al principio, nos emocionamos con lo que iba surgiendo contra la luz del ocaso, y poco a poco fuimos entendiendo hacia dónde se dirigía, inexorablemente, aquella historia, aquel amor entre un pequeño camello y un niño. Tengo un nudo en mi memoria en el que guardo nuestras lágrimas cuando llegó el terrible momento, inevitable, como inevitable ha sido el destino del pueblo saharauí en los peores años de su historia, tan largos como dolorosos.

Ya de noche, iluminado con una linterna, tomé notas de lo que había pasado, primero en el corral, y luego en la colina. Aún las conservo.

Al fin vino el Toyota y Limam y yo nos fuimos al desierto con Habub, el conductor. Dormíamos en los campamentos de los nómadas, y yo me acercaba a los camellos en su majada para tratar de imaginar lo que sentirían, lo que podrían contarle a un niño de su vida, sus amores, sus delicias de hierba fresca, sus noches bajo las estrellas. Y así fui escribiendo los pequeños poemas que el niño sordo, al que llamé Kori, podría creer entender de los labios del camellito, al que llamé Caramelo.

Cuando se lo envié a Antonio Ventura, el editor, ni él ni yo pudimos imaginar que veinte años más tarde habría tenido tan larga vida. Fernando Martín Godoy viajó conmigo a los campamentos para sacar sus ilustraciones, tan bellas, de la misma realidad. Y así nació este pequeño libro que no tuvo más premio que el de miles de lectores repartidos por el mundo. Niños que se han acercado por primera vez al Sáhara, del que quizás no habrían sabido nada sin el libro. Niños que ahora colaboran para que los mayores seamos dignos de su fuerza y generosidad y sigamos construyendo bibliotecas en el Sáhara.

Después un grupo de titeristas, Buratini, paseó esta historia por muchos colegios de España. Y María Parrato viajó a los campamentos también para conocer a Fati y así armar su portentoso espectáculo, *Palabras de Caramelo de María Parrato*, que va mucho más allá que el libro. Y Juan Antonio Moreno recorrió el mismo camino para filmar un corto que también ha llevado, y lleva, *Palabras de Caramelo* a salas de cine de medio mundo. Y ahora, Salvador Simó, Eligio Montero y yo trabajamos para que dentro de un par de años se estrene un largo de animación que expresará hasta la última gota de este relato.

Yo le regalé un día este pequeño libro a Badi Mohamed Salem, el mejor poeta saharauí del exilio, porque había

tenido el atrevimiento de convertirlo en personaje de *Palabras de Caramelo*. Él me regaló una navaja hecha por él mismo, con cachas de hueso e incrustaciones de plata. Badi es imprescindible en esta historia, porque sin él tendrían razón los niños que me preguntan por qué el libro acaba... Aquí me tengo que detener, porque no quiero desvelar el final. Pero diré, y eso no desvela nada de la trama, que sin Badi el libro tendría un final distinto, tal vez terrible. Badi es la tradición, y desgraciadamente hoy es ya el pasado, porque falleció sin haber podido regresar a su patria. Pero gracias a él la vida y la poesía siguen su curso en el Sáhara, encarnadas en Kori.

Ver este libro reeditado de esta manera, en su vigésimo cumpleaños, con las preciosas ilustraciones de María Girón, es más que una ilusión, es para mí la demostración de que ningún escritor debe buscar nunca la trascendencia, ni el éxito, que muchas veces lo más simple, lo más verdadero, es lo que perdura.

Y ahora abre un poco más los ojos, viaja con todos nosotros al lugar más bello del mundo, que está en el peor desierto del mundo.

Gonzalo Moure





Kori es un niño sordo que vive en los campamentos de refugiados del Sáhara y va a la escuela sin entender para qué sirve leer y escribir. En el corral de su tío nace un camellito de color caramelo, que pronto se convierte en su amigo. Kori está acostumbrado a ver palabras en los movimientos de la boca; por eso, cuando el camello mueve los labios, Kori cree que habla. Y es así como nace en él la necesidad de aprender a escribir, para poder plasmar las palabras poéticas de su amigo Caramelo. Pero un día, un día terrible...



«Iba sin rumbo,
hasta que me crucé con *Palabras de Caramelo*»,

LIMAM BOISHA, POETA SAHARAUI



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com